

La manada: apostar a la grupalidad

Cuando uno conversa con adolescentes, cuando entra a un aula, cuando observa el silencio hipnótico de un grupo de chicos mirando sus teléfonos en el colectivo o en una plaza, se genera la sensación de que algo en el ritmo mismo del sistema nervioso de una generación está siendo reorganizado por una arquitectura tecnológica que no responde a la vida social del país.

No se trata de nostalgia adulta ni de una queja moral contra la tecnología. Se trata de comprender que el capitalismo contemporáneo descubrió un recurso natural nuevo: la atención humana. Y que ese recurso se explota con una precisión científica que hace apenas veinte años era imposible. Los algoritmos de recomendación, el scroll infinito, la lógica de recompensa variable y las notificaciones permanentes no son simples decisiones de diseño: son dispositivos neurotecnológicos orientados a capturar tiempo de vida. El joven (o el adulto) no es solo un usuario, es la materia prima.

Las plataformas digitales compiten por segundos de atención del mismo modo en que las economías industriales competían por toneladas de carbón o barriles de petróleo. Cada gesto, cada pausa frente a la pantalla, cada microsegundo de permanencia en un video o en una imagen se transforma en datos, y esos datos alimentan sistemas publicitarios que valen miles de millones de dólares. Lo que parece ocio es en realidad trabajo invisible.

Social argentus

En Argentina, este fenómeno tiene una escala masiva. Aproximadamente el 70% de la población utiliza redes sociales, y el tiempo total de conexión a internet supera las ocho horas y media diarias en promedio, una cifra que coloca al país entre los más intensivos del mundo en consumo digital.

Si uno observa con atención la vida cotidiana de la juventud argentina, descubre que el impacto de las plataformas digitales no es homogéneo. No todos los jóvenes habitan la aceleración de la misma manera. Hay una diferencia profunda entre quien usa el teléfono como un accesorio de sociabilidad y quien lo sostiene como una prótesis de supervivencia. Esa diferencia, que a primera vista parece tecnológica, es en realidad social y material. En la Argentina de hoy la relación con la pantalla está atravesada por la estructura de clases, y esa estructura produce tres experiencias completamente distintas del mismo dispositivo.

En la parte superior de la pirámide social, donde se ubica aproximadamente el diez por ciento de la juventud, la relación con las plataformas es paradójica. El dispositivo existe, se usa, organiza la sociabilidad y la circulación simbólica, pero también puede ser dejado a un lado. En esos sectores la desconexión es posible porque existen amortiguadores materiales que protegen al sistema nervioso: casas amplias, deportes organizados, clubes, viajes, espacios de silencio. El estrés que aparece allí no es el de la supervivencia sino el del rendimiento, una ansiedad asociada al estatus, a la comparación estética y a la competencia simbólica dentro de un universo de privilegio. Incluso en ese caso, sin embargo, existe una válvula de escape: la posibilidad de apagar la pantalla sin que eso implique desaparecer del mundo.

La situación es muy distinta para la gran franja de la clase media urbana, donde vive aproximadamente el cuarenta por ciento de los jóvenes. Allí el teléfono dejó de ser un objeto de ocio para convertirse en un dispositivo de validación permanente. La vida cotidiana se transforma en una especie de portafolio social que debe ser actualizado constantemente: lo que uno come, a dónde va, con quién se encuentra, cómo se muestra ante los demás. Cada fragmento de experiencia necesita traducirse en imagen para adquirir valor simbólico. Ese proceso genera un tipo de tensión particular: el cuerpo vive una incertidumbre económica real mientras la pantalla exige la representación continua de una vida exitosa, resiliente, estéticamente ordenada. El resultado es un estado de cansancio crónico, una ansiedad anticipatoria donde el sistema nervioso permanece en alerta, actualizando su identidad a cada instante para no caer en el abismo del descenso social.

Pero es en los sectores populares donde la relación con el dispositivo alcanza su forma más cruda. Allí se encuentra casi la mitad de la juventud argentina, cerca de tres millones de jóvenes para quienes la desconexión no es una elección sino un riesgo. El teléfono funciona como una prótesis laboral permanente. No hay una frontera clara entre ocio y trabajo, porque cada notificación puede ser un ingreso, un viaje, una venta, una oportunidad de subsistencia. El cerebro no recibe la notificación como dopamina social, sino como cortisol de supervivencia. La alerta es constante. El sistema nervioso permanece en un estado de hipervigilancia donde la atención no puede relajarse porque la economía misma se ha vuelto intermitente, precaria, dependiente de la respuesta inmediata. En esos territorios el celular no es una distracción: es la interfaz mínima que conecta a los jóvenes con la posibilidad de seguir existiendo dentro de la economía.

Cuando se observan estas tres experiencias juntas aparece con claridad el verdadero problema político. Las plataformas no solo organizan el tiempo de los jóvenes; también capturan valor económico de esa atención. En Argentina, el conjunto de plataformas digitales que operan en el mercado publicitario y de datos genera ingresos cercanos a los mil setecientos millones de dólares anuales, una cifra que se concentra en unas pocas empresas globales. Solo en el segmento de jóvenes de entre trece y veinticuatro años, cuya población ronda los ocho millones y medio de personas, la renta extraída por estas plataformas supera los mil trescientos millones de dólares por año. Esa riqueza se produce en gran medida gracias al tiempo de permanencia frente a la pantalla, tiempo que en los sectores más vulnerables puede superar las once horas diarias.

La paradoja es evidente. Mientras el sistema digital monetiza la aceleración de la atención, el costo social de esa aceleración recae sobre las familias, las comunidades y el propio Estado. Ansiedad, trastornos del sueño, agotamiento, violencia y deterioro de la salud mental generan un gasto sanitario que hoy supera los cien millones de dólares anuales en programas de contención, tratamientos psicológicos y políticas sociales vinculadas al estrés juvenil. Sin embargo, las plataformas que obtienen beneficio económico de esa dinámica no participan en la reparación de ese daño.

De allí surge la necesidad de introducir una lógica distinta, una forma de restitución que reconozca la existencia de esta externalidad sanitaria.

Una política de la oxitocina

Si una parte significativa de la economía digital se sostiene sobre la captura de la atención juvenil, una fracción de esa renta debe volver a la sociedad en forma de infraestructura de cuidado. Bajo ese principio se establece una tasa de externalidad sanitaria del treinta por ciento sobre los ingresos generados por las grandes plataformas digitales que operan en el país y que superan determinados niveles de facturación global. No se trata de un impuesto general sobre la tecnología ni de un castigo a la innovación. Es un mecanismo de redistribución destinado exclusivamente a reparar el impacto neurobiológico que la economía de la atención produce en la población más joven.

Las estimaciones más prudentes indican que una medida de este tipo permitiría recuperar cerca de trescientos millones de dólares anuales, recursos que no ingresarían al presupuesto general del Estado sino a un fondo específico orientado a la reconstrucción del tejido social juvenil. La lógica de utilización de ese fondo es tan simple como radical:

si la aceleración digital fragmenta la vida colectiva, la inversión pública debe orientarse a reconstruir los espacios donde la presencia física vuelve a organizar la experiencia humana.

El núcleo de esta política es la creación de una red territorial de refugios de manada. La palabra puede parecer extraña en el lenguaje institucional, pero describe con precisión el fenómeno que se busca recuperar. Los seres humanos no desarrollan su equilibrio emocional en aislamiento, ni tampoco en multitudes anónimas. Lo hacen en pequeños grupos de pertenencia donde la confianza circula y donde el cuerpo aprende a regularse a partir del vínculo con otros. Ese es el espacio donde aparece la oxitocina, la hormona que permite contrarrestar los circuitos de estrés y excitación permanente que la cultura digital tiende a amplificar.

Los refugios de manada son, en esencia, dispositivos territoriales de desaceleración. No grandes edificios burocráticos ni centros recreativos tradicionales, sino nodos comunitarios de baja estimulación donde los jóvenes puedan encontrarse sin la presión de la exposición permanente. Espacios con materiales acústicos, zonas de silencio, mesas de trabajo colectivo, instrumentos, herramientas y recursos que permitan transformar la energía dispersa de la hiperconectividad en experiencias compartidas de producción, juego y descanso. En algunos barrios estos nodos funcionarán en clubes, en bibliotecas populares, en centros culturales o en escuelas fuera del horario escolar. En otros casos podrán ser estructuras nuevas, especialmente en territorios donde la densidad de vulnerabilidad social exige una presencia más fuerte del Estado.

El objetivo no es organizar actividades desde arriba ni dirigir la vida de los jóvenes, sino ofrecer un continente donde la grupalidad pueda volver a existir. Porque si algo demuestran los estudios contemporáneos de neurociencia interpersonal es que el sistema nervioso humano no se regula individualmente sino en sincronía con otros. El estrés disminuye cuando el cuerpo reconoce la presencia segura de su grupo. La ansiedad se reduce cuando el individuo deja de enfrentar solo la presión del entorno y vuelve a experimentar la protección de la manada.

Por esa razón el instrumento central de esta política no es un subsidio individual sino un estímulo a la co-presencia. En lugar de distribuir pequeñas sumas que se diluyen en el consumo cotidiano, los recursos se organizan en torno a grupos constituidos de jóvenes, manadas de entre cinco y diez integrantes que reciben un fondo anual destinado a financiar experiencias de encuentro, descanso o producción colectiva. El monto, modesto

a escala individual, adquiere otra dimensión cuando se organiza grupalmente: lo suficiente para alquilar una cancha, organizar una salida, comprar herramientas compartidas, financiar un pequeño proyecto cultural o simplemente garantizar una comida en común que rompa la lógica del encierro digital.

El punto decisivo es que ese dinero no se activa en la soledad de la pantalla sino en la presencia física del grupo. La validación del encuentro, la planificación del gasto y la rendición de cuentas se realizan en el propio nodo comunitario, donde un coordinador actúa como facilitador de la dinámica grupal y garante de la transparencia del proceso. No se trata de controlar a los jóvenes sino de acompañar el funcionamiento de la manada, asegurando que el fondo cumpla su propósito original: transformar una parte de la renta digital en materialidad compartida.

Desde el punto de vista territorial, la red se despliega siguiendo el mapa de vulnerabilidad social. En los barrios populares, donde el teléfono funciona como prótesis laboral y la hiperconectividad es una condición de supervivencia, los nodos cumplen una función casi vital: ofrecer espacios de descanso real, alimentación compartida, producción comunitaria y protección frente a la soledad urbana. En los centros urbanos de clase media, en cambio, su rol se orienta más a mitigar el burnout social, la ansiedad de rendimiento y la presión estética de la economía de la atención. En ambos casos el objetivo es el mismo: restituir el derecho al encuentro en una cultura que ha convertido la conexión permanente en norma.

Si se observa el flujo completo de la política aparece con claridad su lógica ética. Una fracción de la riqueza generada por la captura algorítmica de la atención juvenil se transforma en infraestructura de cuidado, en espacios físicos donde los jóvenes pueden volver a experimentar lo que ninguna plataforma puede ofrecer: la presencia real de otros cuerpos, la confianza lenta de la conversación, la posibilidad de descansar del ruido permanente del mundo digital.

No se trata de combatir la tecnología ni de idealizar un pasado sin pantallas. Las redes seguirán existiendo y seguirán organizando gran parte de la vida social. Pero una sociedad responsable no puede delegar completamente la formación emocional de su juventud en algoritmos diseñados para maximizar la permanencia en pantalla. Tiene la obligación de crear contrapesos materiales, territorios donde la aceleración encuentre su límite y donde la vida colectiva vuelva a tener un lugar.

Porque al final del día la pregunta no es tecnológica sino profundamente humana. Cuando un joven apaga el teléfono, ¿hay alguien del otro lado? ¿Existe todavía un grupo que lo reciba, un espacio donde su presencia tenga valor más allá de la imagen que proyecta en una pantalla?

La política, en su forma más elemental, consiste en garantizar que esa respuesta siga siendo sí. Y en recordar que, incluso en la era de los algoritmos, los seres humanos seguimos necesitando lo mismo que necesitábamos hace miles de años: un lugar donde reunirnos, mirarnos a los ojos y saber que no estamos solos.